

ALLÁ EN EL FONDO

JUAN MARINO

Corría el año 11.310 de la Era del Disco de Plata. En aquel mundo convulsionado por continuas reyertas entre príncipes, la vida tenía escaso valor. Día tras día, violentos enfrentamientos fratricidas fueron diezmando a la población. El moderno armamento y los sofisticados navíos aéreos fueron utilizados sólo para la destrucción. Una vez más, la tecnología servía para fines bélicos. No obstante, tarde o temprano todo debe concluir.

Cuando la lucha concluyó, Kem, aún cubierto con restos de sangre verdosa sobre su indumentaria de combate, la sangre de los habitantes de aquél mundo, se arrodilló ante su padre:

—¡Gloria al Rey! —dijo al momento de efectuar la tradicional inclinación.

—¡Honor al vencedor! —respondió su padre y rey—. ¡Ven a mis brazos, hijo mío!

Ambos se estrecharon en un fuerte abrazo y la satisfacción por el triunfo obtenido podía vislumbrarse claramente en sus rostros.

Aquel mismo día, los vencedores celebraron el aplastamiento de la rebelión. Kem, comandante de la Flota Aérea del Reino, fue galardonado como correspondía por el valor demostrado en batalla.

Acto seguido, se realizó un banquete y, cuando al fin logró desligarse de los formales aduladores que nunca faltan, el joven comandante se reunió en el jardín con su prometida: la princesa Aa.

—Estoy orgulloso de ti, Kem —dijo la princesa.

—No hice nada que otro en mi lugar no hubiese hecho, Aa. Sin embargo —agregó Kem—, mi padre y yo sabemos que este triunfo será totalmente inútil. Nuestra raza está predestinada, Aa.

—¿Lo dices por... por las *grietas*?

Siempre hubo temblores en aquel mundo. No obstante, durante los últimos años, estos fueron aumentando en número y fuerza hasta el punto de originar numerosas *grietas* tanto en la corteza como en la Gran Bóveda. Desde algunas de estas *grietas* comenzaron a manar diversos manantiales que, virtualmente, inundaron parte de los núcleos urbanos. Muchos culparon al moderno armamento empleado durante el conflicto, pero el daño ya estaba hecho y parecía irreversible.

Kem no respondió. No obstante, ambos jóvenes contemplaron abrazados lo que parecía una hermosa catarata que, en realidad, el príncipe sabía muy bien que no lo era.

Aquel asunto de las *grietas* había sido incesantemente debatido por el Rey y sus ministros. Por su parte, los científicos habían llegado a la conclusión que el mundo, donde ellos vivían, estaba condenado a desaparecer en un plazo relativamente breve.

—Por siglos hemos venido debilitando la corteza terrestre con explosiones de elementos bélicos y de otra índole; eso ha contribuido a lo que será nuestro fin —expuso el enjuto rostro del Profesor Tyw, jefe de los científicos, a través de la pantalla principal en el salón de reuniones—. ¡Llegará un momento en que las paredes cederán a la presión de las aguas y seremos inundados!

—¿Infiere el Profesor Tyw que no deberíamos habernos defendido del ataque de nuestros enemigos? ¿Infiere también que no deberíamos haber construido las poderosas armas que han servido para rechazar esos ataques? —preguntó el Primer Ministro, con indescriptible pasión en sus palabras.

—¡Calma! ¡Clama! —sugirió el Rey—. Comprendo perfectamente lo que el Profesor Tyw quiere decir. Lo que está sucediendo no fue previsto por nosotros, ministro.

»Y si lo fue... —agregó en seguida—, quisimos engañarnos a nosotros mismos pensando que jamás llegaría esta autodestrucción. Prosigan, Profesor —indicó finalmente.

—Gracias, Su Majestad —respondió el científico—. Ahora les mostraré lo que es nuestro mundo y lo que está sucediendo...

—Eso ya lo sabemos —interrumpió el Primer Ministro—. Lo enseñan en nuestras escuelas desde los primeros años. Vayamos al grano.

—Sí, señor ministro —respondió el Profesor—, pero en las escuelas no nos enseñaron a prevenir lo que sucederá.

Acto seguido, la proyección de un recipiente cilíndrico vertical, ubicado en medio del mundo conocido, reemplazó la imagen del rostro del Profesor Tyw.

—Nuestro mundo es una porción de tierra, aún no explorada del todo, que rodea parcialmente a un mar subterráneo —explicó el Profesor mientras la proyección se visualizaba desde diferentes ángulos—. Ahora bien; la presión que ejerce este mar, cuyo volumen real tampoco conocemos, está destruyendo las paredes que lo aíslan de nuestro mundo. Esta presión, disminuye con la altitud y eso es indicio de algo importante...

»Por eso, Majestad, Primer Ministro —suplicó el Profesor—, es de imprescindible necesidad terminar de inmediato con todo tipo de explosiones, superficiales o subterráneas, especialmente las de armas basadas en la fisión de ciertos átomos. ¡Nos estamos suicidando!

—¿Cuál es la propuesta a que ha llegado el Honorable Colegio Científico? —preguntó el Rey.

—Buscar, más allá del mar que rodeamos, otro punto donde morar, Su Majestad.

—Esa es nuestra realidad, Aa querida —explicó Kem, mientras ambos jóvenes aún observaban la singular catarata—, en la revuelta recientemente sofocada, hemos debido usar proyectiles de alto poder que, de una u otra forma, han ensanchado todas esas *grietas*.

»Por eso he solicitado la autorización de mi padre, el Rey, y del Supremo Consejo de Ministros, para encabezar una expedición mar arriba, en busca de nuestra salvación —agregó.

—¿Es por eso que han apresurado la construcción del navío subanfibio? —preguntó Aa.

—¡Sí! Ven, te lo mostraré.

Ambos jóvenes ingresaron a la cámara del ascensor-desintegrador y Kem oprimió uno de los botones de la consola. En el acto, ambas figuras se desvanecieron dejando tan sólo algún residuo vaporoso dentro de la cámara y, apenas una fracción de segundo más tarde, ambos se materializaron en una cámara del ascensor situada trescientos metros más abajo. Aquél era un astillero.

Ante ellos se perfilaba un gigantesco navío de líneas aerodinámicas, dotado de diferentes medios de propulsión y una sólida estructura. Muy diferente, por cierto, de los usuales vehículos terrestres o aéreos.

—Ahí lo tienes —indicó Kem—. Es lo más moderno que nuestro mundo ha construido. Sólo con este vehículo podremos remontar el mar, venciendo su presión. Puede deslizarse a través de tierra, mar y atmósfera —concluyó finalmente.

En aquel momento, el jefe de Ingenieros se acercó a ellos:

—¡Oh, Kem, Príncipe! ¡Oh, Aa, Princesa! —saludó con cortesía—. No nos fue advertida vuestra visita.

—No te preocupes, Wax —respondió Kem—. Es una visita extraoficial.

—Wax asintió con un gesto.

—¿Cuándo estará terminado? —preguntó Kem.

—Dentro de dos meses, Príncipe —indicó el ingeniero—. ¡Quedarás plenamente satisfecho con él!

—¡Dos meses! ¡Oh! ¿Tan corto tiempo? —exclamó Aa.

—Para nuestra salvación, es un tiempo largo, Aa —dijo Kem.

Los dos jóvenes abandonaron el astillero, subiendo hasta la sala de esparcimiento real, donde el lujo para una estancia placentera casi no tenía límites. Aa había caído en un mutismo que llamó la atención del Príncipe y le preocupó.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

—Algo me dice que si partes para ese viaje hacia la superficie del mar, jamás te volveré a ver —dijo la joven Princesa.

—¿Por qué? —tranquilizó Kem—. Regresaré y serás mi esposa.

—Y... ¿Si no regresas? —se angustió Aa—. ¡Oh, Kem, Kem! ¡Llévame contigo! ¡Despósame y llévame contigo!

—¡Aa! ¡Eso es imposible! Sabes que no puede ser... compréndelo, Aa, mi amor.

Ella no respondió y, cuando se besaban, sus lágrimas humedecieron los labios del Príncipe Kem.

Pasaron los dos meses estipulados y la expedición al mando del Príncipe estaba a punto de zarpar. Dos días antes de la partida, el Rey y todos sus ministros se reunieron para investir a Kem con el cargo de general-almirante de la expedición. La ceremonia fue breve pero emotiva.

Al día siguiente, el ingeniero Wax comparecía ante la Princesa Aa, después que ella lo citó. Lo que ambos hablaron en dicha oportunidad asombró a Wax y, a juzgar por el severo tono de palidez que dominó su rostro, aquello debía ser grave. Finalmente, ambos se despidieron.

—Prométemelo y tu porvenir, junto al de tus descendientes, estará asegurado, Wax —instó la Princesa.

—¡Lo prometo, Princesa!

Finalmente, llegó el momento del zarpe. Dada la importancia futura de tal misión, el recinto del astillero estaba repleto de personas. El Príncipe Kem estaba a bordo junto a su tripulación y, mientras resonaban los últimos acordes del himno real, Kem saludó por última vez a la concurrencia. No obstante, el heredero del trono estaba contrito pues, entre la multitud, no distinguió a la Princesa Aa. Sólo estaban sus parientes.

«Esto hará menos dura la despedida», pensó el Príncipe al momento de ordenar el cierre de todas las escotillas.

—Cuando lo ordenes zarpamos, Príncipe —indicó Wax.

—Ahora mismo, Wax.

En aquel momento, todos ocuparon sus puestos dentro del navío y, poco a poco, las compuertas de acceso hacia una de las cámaras intermedias, fue abierta electrónicamente.

Con vítores de la multitud y lágrimas en el rostro de los reyes y familiares de la tripulación, la nave remontó la primera compuerta en demanda de la segunda y, de esta forma, el subanfibio se lanzó hacia su destino.

Después de unas diez horas de navegación, el navío se portaba a la perfección y una ola de optimismo inundó a toda la tripulación. El objetivo estaba cada vez mucho más cerca.

Mientras el Príncipe Kem almorzaba un breve refrigerio, su asombro no tuvo límite cuando se abrió la puerta de acceso al puente de mando y, en el umbral, apareció Aa.

—¡Tú! —exclamó.

—¡Oh, cariño! ¡Amor mío! —suavizó la Princesa mientras lo abrazaba con pasión—. Ya estamos juntos otra vez.

—Pero, Aa, ¿cómo es posible? —Luego, dirigiéndose a Wax, preguntó—. Wax, ¿tienes tú algo que ver en esto?

—Sí, Príncipe —respondió Wax—. Accedí a los ruegos de mi señora, la Princesa Aa.

—Esto ha de costarte caro, Wax —incredó Kem.

—¡No! —intercedió la Princesa—. Él no tiene la culpa. Yo se lo pedí; se lo exigí.

—¿Es que no comprendes? —dijo Kem—. No puedes permanecer aquí. No somos marido y mujer.

—Pero Wax es el capitán de la nave, Kem —indicó la Princesa—, y él puede desposarnos.

—¡Vaya! ¡He caído en una trampa! —admitió el Príncipe y reflexionó al respecto—. ¡Que así sea!

—Ahora sé que este viaje será todo un éxito —dijo Wax, al observar la felicidad de la pareja.

La navegación se realizaba sin contratiempo alguno. El subanfibio respondía perfectamente a las continuas y relativas exigencias de la ruta, siempre ascendente.

Kem y Wax percibían el mar que su mundo rodeaba como si se tratara de un pozo, por lo menos en el trayecto recorrido.

—¿A qué distancia llegaremos a la superficie, capitán? —preguntó Kem mientras observaba el desplazamiento de algunas extrañas criaturas marinas, a través de los gruesos cristales frontales del navío.

—A unos treinta mil *wasts*, según los instrumentos.

—Comenzamos a ver monstruos que no existen en nuestros mares, Profesor —dijo Kem.

—En efecto —asintió el Profesor Tyw—, y creo que veremos cosas aún más horribles.

En aquel instante, una monstruosa criatura de colosales dimensiones, incluso para apreciar sus difusos contornos, se aproximó en actitud hostil hacia el subanfibio. Acto seguido, la criatura extendió algo parecido a un tentáculo e intentó atrapar al navío.

—¡Oh! ¡Miren eso! —se horrorizó la Princesa.

—¡Dioses del Disco de Plata! —exclamó el capitán del navío—. ¡Maniobra evasiva! ¡De inmediato!

Felizmente, la criatura no insistió en persecución alguna hacia el navío. Quizás era un objetivo demasiado insignificante para una entidad de tal tamaño.

—¿Qué fue eso, Kem? —preguntó Aa.

—Realmente lo ignoro —respondió con sinceridad—. ¿Lo sabes, Tyw?

Tyw observó a los príncipes, pensativo.

—Altezas: vamos rumbo a un mundo desconocido para nosotros que, por lo visto hasta ahora, es un mundo habitado por seres enormes...

»Mejor dicho, es un Universo poblado de mundos móviles, mundos que en sí mismos son como nosotros —complementó en seguida—. Es lo que he oído de nuestras antiguas leyendas y mitos y, por lo visto, su interpretación no carece de fundamento.

Ambos príncipes no comprendieron, en su real magnitud, las palabras del Profesor Tyw. Quizá él mismo no se formaba aún una idea concreta al respecto. Sin embargo, nada más pudo agregar.

El viaje continuó durante días, siempre en idéntica monotonía, muy raras veces interrumpida por alguna nueva criatura de indefinible silueta. No obstante, al cumplirse el octavo mes de viaje, según el tiempo medido por aquellos seres dentro del navío, las condiciones exteriores comenzaron a diferenciarse de las precedentes.

—Estamos llegando al límite de presión, Su Alteza —informó Wax—. De ahora en adelante, deberemos vestir los trajes especiales pues, a medida que emergemos, la presión disminuye...

—Por supuesto —asintió Kem—, eso lo experimentamos antes en nuestro mundo, pero nunca a tal magnitud como ahora, capitán.

Acto seguido, todos los tripulantes se vistieron con los trajes especiales. Incómodos, pero necesarios.

—Estamos a mil *wasts* de la superficie del océano —informó el capitán Wax.

En seguida, Tyw habló por el intercomunicador de su casco que, momentos previos, fue recubierto por una película protectora que neutralizaría la intensa luz proveniente del astro que los expedicionarios desconocían:

—Esa luz que percibimos corresponde a un cuerpo cálido, generador del calor necesario para alimentar a cada uno de esos mundos.

—¡Comandante Kem, Príncipe Real, vamos a emerger! —informó Wax.

—¡Un momento, capitán Wax! —indicó el Príncipe—. Primero exploraremos la costa con el megascopio.

Los oficiales pusieron en funcionamiento uno de los megascopios; un aparato semejante a una antena de radar o televisión capaz de captar imágenes nítidas hasta a una distancia de diez kilómetros, incluso sin emerger completamente. Kem fue el primero en observar la imagen desplegada en los binoculares del megascopio.

—¡Ah! ¡Hemos triunfado! Veo la costa con claridad —dijo Kem y luego se dirigió a su esposa—. Observa tú, Aa; deseo que seas la segunda en admirar nuestro nuevo mundo.

Acto seguido, la ansiosa joven aplicó sus ojos al aparato escudriñador y gritó:

—¡Oh, no! ¡Noooo!

—¿Qué sucede? —preguntaron los demás, casi al unísono.

Tyw se precipitó hacia el megascopio y observó a través de él. Una exclamación escapó de su pecho al tiempo que todo su cuerpo se estremecía con verdadero pavor.

—¡Son ellos! ¡Son ellos! —gritó Tyw cuando dos gigantes ojos observaban directamente hacia los lentes del megascopio. Dos ojos insertos en el rostro más horrible y grotesco, no tanto por la apariencia como lo fue por la dimensión real del mismo—. ¡Por los Dioses! ¡Todo era verdad! ¡Maldición! ¡Los seres-mundo son tan reales como nuestra propia y singular existencia!

—¡Capitán! —ordenó Kem con rapidez después de observar los ojos del ser gigantesco que los escrutaba con insistencia, en actitud de acecho—. ¡Dé orden de sumergimos! ¡De inmediato o estaremos perdidos!

Acto seguido, mientras Aa, recuperando la compostura, miraba con insaciable curiosidad a través del megascopio, la alarma fue dada y el subanfibio inclinó su proa y comenzó a sumergirse con rapidez. No había tiempo que perder.

—Mientras tanto, en la superficie se escuchó una voz:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Vimos un submarino metálico que salía desde el fondo del pozo! —avisó la pequeña niña que corrió en dirección a la casa acompañada por su hermano.

—¡Vamos, Antonia! —respondió la mamá—. ¿Cómo vas a ver salir un submarino de este pozo? ¿No sería un alfiler?

—¿Un alfiler? —se preguntó el niño—. ¿Pueden flotar los alfileres, mamá?

La mujer miró perpleja a sus dos hijos, pero no supo qué responder. No obstante, en el ínterin, Kem y los suyos regresaban en el subanfibio en dirección al fondo. El destino para el Mundo del Fondo del Pozo estaba predeterminado y nada lo cambiaría.

FIN

Libros Tauro